

tieran pasar al teatro, pidió que llamaran al empresario, pretendió desasirse de los que lo conducían; pero sus desesperados esfuerzos no sirvieron sino para agotar todas sus fuerzas volviéndose á quedar sin conocimiento.



CAPÍTULO II.

ISOLINA, LA COMADRE DE PICO Y EL DE LA CAPA.

APENAS habían transcurrido algunos minutos después de haber caído el telón, Isolina empezó á alarmarse por la tardanza de Pico; pero á medida que el tiempo transcurría, Isolina se ponía más y más inquieta.

—No tenga usted cuidado, mi alma, le decía la vieja; usted no conoce el teatro, el señor Pico ha tenido necesidad de ir á la contaduría por su diario y por el *voló de*

usted, pues si uno no anda listo en estos lances el día siguiente le van saliendo con que no hay dinero; usted no conoce todavía el teatro y por eso se alarma por esas cosas.

Entretanto, el teatro iba quedando á oscuras; pues los mozos, con una ligereza verdaderamente teatral, apagaban todas las luces.

—El teatro va quedándose solo y es preciso salir porque van á cerrar; pero no tenga usted cuidado, mi vida, nos iremos á casa en caso de que no encontremos á mi compadre en la puerta, donde es seguro que estará esperándonos.

Y diciendo esto apagó la vela del cuarto y salió con Isolina, cerrando el candado de la puerta.

Pico no estaba en la contaduría; ya no había nadie.

Solo un bulto negro se destacaba apenas entre las sombras.

Isolina caminaba asida del brazo de la vieja, y así atravesaron varias calles sombrías

hasta llegar á una casa, cuya puerta se abrió á los primeros golpes.

La inquietud de Isolina iba en aumento á pesar de todos los consuelos de la vieja.

Diremos de ésta algunas palabras, por si el lector se interesase en conocer á esta buena comadre de Pico.

La vieja se llamaba doña Atanasia Ramirez; hacía veinte años que pertenecía al teatro.

De edad de nueve años hizo algunos papeletos, de esos que se confían á la hija de algun actor.

Doña Atanasia era hija del barba Ramirez. A los catorce años fué bailarina, á los diez y ocho hizo algunos papeles de poca importancia, después hizo algunos primeros papeles de dama, sin éxito; y precozmente fué característica: pero un ataque de asma la privó de la voz, y llevaba algunos años de no ser más que figurante.

Isolina estaba ya desecha en lágrimas, y doña Atanasia empezó á alarmarse seriamente.

No habían pasado muchas horas de ansiedad cuando se oyeron golpes á la puerta.

—¡Ahí está ya! exclamó la vieja; voy á abrirle.

Isolina quedó sola, y trascurrieron algunos minutos sin que se presentara Pico.

Al fin se oyeron pasos que se acercaban; Isolina respiró; pero fué para recibir una nueva impresión desagradable.

La persona que se acercaba no era Pico.

—Buenas noches, dijo el recién venido, que no era otro que el señor que, envuelto en una capa española, habíamos visto tras un bastidor hablando con doña Atanasia.

—Buenas noches, contestó apenas Isolina.

Era el señor de la capa un hombre como de cincuenta años, perfectamente aseado y vestido con un esmero no muy comun en personas de su edad.

Sin ceremonia se sentó al lado de Isolina. Esta hizo un movimiento de disgusto.

—No se sorprenda usted, señorita, dijo el de la capa de la manera más agradable

que pudo; yo visito á doña Atanasia generalmente después del teatro, porque suele prepararme cenas apetitosas, á las que soy muy aficionado.

Isolina guardó silencio.

—He tenido el gusto, continuó don Fernando, (que así se llamaba aquel señor); he tenido el gusto de ver á usted en el teatro; y como debe usted suponer, yo he sido uno de los que han admirado la hermosura de usted, que se ha hecho tanto más notable, cuanto que sus compañeras de usted son lo más original de las colecciones de feas que se conocen; y como por otra parte, en la clase de figurantes es tan raro encontrar personas de tanto mérito como usted, todo el público, sin excepción, se ha visto agradablemente sorprendido.

Isolina seguía guardando silencio.

—Y sin duda, dijo don Fernando después de una pausa y sin desanimarse, usted no ha pisado nunca las tablas, y debe haber sido para usted esto un penoso sacrificio.

—¡Muy grande, señor, inmenso!

—Yo lo creo, y me atrevo á esperar que renunciará usted á seguirse exhibiendo en lo sucesivo.

—Así lo creo.

--¿Y tiene usted familia?

Isolina no contestó.

—¿Es usted la mujer del señor Pico?

—No, señor.

—¡No! dijo don Fernando, no pudiendo contener una sonrisa de satisfacción. Entonces...

—Perdone usted que no le deje concluir, dijo Isolina con energía y resolución. Agradezco á usted como debo el interés que se sirve manifestar con respecto á mis asuntos; pero estoy tan mal prevenida con las personas que me hablan esta noche sin fórmula ninguna de presentación ni antecedentes, que creo de mi deber cerrar mis oídos y aparecer descortés, por no aparecer liviana; y usted, caballero, cuyas canas deben ser venerables, y cuya experiencia debe ser una luz, sírvase usted decirme: ¿qué es el teatro? ¿qué clase de lugar es ese, que basta pisar-

lo una vez para ver desaparecer á nuestro alrededor todas las consideraciones sociales y hasta el respeto que en toda buena sociedad ha merecido siempre una señora? ¿Por quién se me ha tomado? ¿Acaso podrá pensarse que estoy resuelta á romper con todas las conveniencias sociales y con todas las trabas de la moral, solo por el hecho de haber pisado las tablas? ¿Qué son entonces las tablas, que hasta la ancianidad se desconoce á sí misma?

Dijo esto Isolina de una manera tan digna y tan resuelta, que don Fernando había acabado por oír las últimas palabras profundamente contrariado.

Pero don Fernando no era hombre que cejara en ninguna empresa á la primera dificultad, y procurando reponerse contestó:

—Efectivamente, es un error juzgar el teatro como lugar de corrupción, cuando su verdadero objeto es enseñar la moral con ejemplos prácticos; pero por desgracia nuestras sociedades modernas se han acostumbrado á ver el teatro de un modo de telón

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Folio 1625 MONTEVIDEO

36214

para afuera, y de otra manera muy distinta entre bastidores; y precisamente porque esa apreciación está tan generalizada, es por lo que me ha parecido doblemente interesante la situación de usted, quien, por motivos que no puedo alcanzar, se atreve á pisar las tablas sin el más remoto conocimiento de lo que este paso implica, tanto más cuanto que usted, señorita, por sus maneras y su aspecto revela pertenecer á otra clase de la sociedad, que no á la que, por desgracia, forma la mayoría de la gente de teatro.

—Celebro, caballero, que comience usted á hacerme justicia, porque entonces sabrá usted respetarme y hacerse respetar á su vez.

—Nada pretendo, señorita, y protesto á usted que mi extraña visita á esta casa á la una de la noche es puramente casual.

Isolina había notado ya que doña Atanasia había desaparecido cerrando tras de sí la puerta.

—Sin embargo, continuó don Fernando, si en los límites de lo que un caballero pue-

de ofrecer á una señora, encuentra usted que mi persona en algo puede serle á usted util, estoy pronto á probarle que no me he equivocado al juzgar á usted, y que sabré respetarla y servirla sin interés alguno.

—Mil gracias, contestó solemnemente Isolina, pero en esta frase había toda la dignidad de una señora.

Sucedió un silencio solemne, en el cual la figura de Isolina creció á los ojos de don Fernando.

Durante este silencio, se oyó en el suelo de la pieza inmediata el ruido de una moneda de plata que se cae de las manos.

Aquel sonido argentino hizo estremecer interiormente á Isolina y á don Fernando.

Isolina se puso en pié en seguida.

Don Fernando dirigió una mirada de rencor hacia la puerta, y en seguida dijo con una gravedad de que hasta entonces no había usado.

—Estoy dispuesto á obedecer á usted, supuesto que hemos empezado á hacernos justicia; si quiere usted que me retire por-

que en ello la complazca, me despediré en el acto; pero si puedo prestarle algún servicio, como lo creo, espero sus órdenes.

Isolina reflexionó:

—La vieja sin conocerme me ha vendido: este señor ha venido aquí, engañándose también, y me parece que está avergonzado. Acaso él me libre de la vieja y por llevar adelante su pretendida caballerosidad me sirva desinteresadamente.

—Fiada en la palabra de usted, me atrevo á hacerle una súplica.

—He ofrecido obedecer á usted.

—Deseo saber dónde está el señor Pico y si su tardanza es el resultado de algún complot de que se me quiere hacer la víctima.

—Voy á satisfacer á usted con toda lealtad. El señor Pico no vendrá en toda la noche.

—¿Quiere decir que es cierto que he caído en un complot? ¿En donde está el señor Pico?

—El señor Pico, señorita, ha reñido con

unos caballeros al salir del teatro y la autoridad ha.....

—¡Preso! gritó Isolina, ¡preso! ¿y estará lastimado?

—Creo que sí.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! los intentos de los que me rodean son todavía más criminales de lo que parece. Querían asesinarlo y lo separan de mí, porque saben que es mi único amparo, mi única defensa, mi único amigo..... ¡Caballero! dijo Isolina con tono solemne; si es V. capaz todavía de hacer respetar sus canas, si ellas no encubren á un sér degradado y despreciable, sino á un hombre de corazón y de conciencia, ampáreme usted, ayúdeme, vamos á ver al señor Pico, tal vez se muere sin mis auxilios, ahora que es cuando más necesita de mí, ahora que debo pagarle algo de lo que le debo; vamos pronto, vamos á socorrer al señor Pico?

—He ofrecido obedecer á usted y la obedezco.

Todavía Isolina fijó una mirada significa-

tiva en don Fernando, se acordó que llevaba consigo el puñal que ya otra vez la había librado de la deshonra, y pensó:

—Como antes, seguiré teniendo fuerzas para resistir.

Isolina y don Fernando salieron de la habitación sin cuidarse de doña Atanasia.

Esta, al verlos salir, guardó silencio y cuando hubieron desaparecido, entró á la sala donde ardía aún la vela que había alumbrado la escena anterior. Contempló de hito en hito los asientos que habían ocupado Isolina y don Fernando y exclamó:

—¡Habrás visto cosa más rara! dejarme mi cena en el cuerpo sin decir oste ni moste! En todo caso, cenaré bien, aunque sola; siento deseos de devorar el pollo que aún se frie como si tal cosa.....

—Después de todo, esta joven es extraordinaria; ¿pues no ha armado bonito alboroto, apenas se ha presentado? Ella no es cómica, eso sí que no, yo conozco á mi gente á tiro de ballesta, como se decía an-

tes. Pico no es su marido ¡qué iba á hacer! Pobre Pico! Pero aquí hay algo gordo.....

—Y el pobre de D. Fernando, que creía haber hecho presa gorda, y andará por ahí corriendo de ceca en meca entre si encuentran á Pico ó no lo encuentran, y todo sin cenar y con la bilis derramada.

—¿Qué sucederá? ellos de volver tienen; porque ¿qué habían de hacer en la calle toda la noche?

—Si vinieran acabando yo cenar, les dejaría la mesa puesta y me acostaría, porque á fé que necesito descansar, ya estoy vieja y las desveladitas me irritan mucho la sangre y me traen el dolor.

Una criada andrajosa y medio dormida apareció en la puerta.

—¡Ah! exclamó doña Atanasia saliendo de sus cavilaciones; ¿ya está ese pollo? sírvemelo cuanto antes, que tengo un agujero en el estómago.

Doña Atanasia tomó la vela y siguió á la criada á la pieza inmediata, que era á la vez dormitorio y comedor.

La criada se presentó á poco trayendo un pollo frito y humeante en un plato.

—He aquí mi pollo colorado, muerto por una humorada de D. Fernando... y como yo no me puedo negar á nada de lo que exija de mí D. Fernando, por los muchos favores que le debo, lo he obedecido en todo, (porque en todo caso yo no he hecho más que obedecerlo,) y eso por estarle obligada que de otro modo, quién sabe.... porque en fin, todavía tiene una conciencia y su temor al infierno; suya es toda la responsabilidad, así me lo dijo y yo estoy en mis trece.

Hecha esta salvedad, que doña Atanasia creyó muy provechosa para la tranquilidad de su conciencia, se puso á despedazar el pollo con los dedos y á chuparse los huesos.

Entretanto D. Fernando é Isolina habían andado varias calles, caminando siempre en silencio, hasta llegar á un cuerpo de guardia de donde pasaron á inquirir el paradero de Pico, preguntando por él á la policía y en la prefectura; pero á tales horas y después



D. Fernando.

de consignado el herido al hospital, no había quien diera razón de él en los cuerpas de guardia.

Al fin pudieron averiguar que Pico se hallaba preso en el hospital y que no había orden de que se dejara entrar á aquellas horas, á persona alguna, á las salas de los enfermos.

Don Fernando, poniendo en juego su influencia y dirigiéndose á la autoridad competente, hubiera podido conseguir la orden que se necesitaba; pero no quería aparecer como actor en aquellas escenas, sino solo como simple acompañante desconocido de aquella señora atribulada.

D. Fernando gozaba de muy buena reputación y además era casado; de manera que sin dejar de aparecer galante con Isolina, obraba de manera de no comprometerse.

Al cabo de inútiles esfuerzos para lograr ver á Pico, don Fernando persuadió á Isolina de que debían volver á la casa de doña Atanasia.

Así lo hicieron, proponiéndose Isolina

por su parte pasar en vela las pocas horas que faltaban para acabar la noche, é ir apenas amaneciera al hospital, para ver á Pico.

Don Fernando había empezado á ser sobrio en sus preguntas, é Isolina más y más reservada en sus respuestas; de manera que al llegar á la casa, don Fernando empezó á sentirse dispuesto á abandonar, por aquella noche al menos, su aventura galante, recogíendose aún á tiempo para no inspirar sospechas.



CAPÍTULO III

—
EN EL QUE SE VE
QUE LA CARRERA DEL TEATRO NO
ES UNA SENDA DE ROSAS

ISOLINA pasó la noche sentada, esperando la primera luz; doña Atanasia opinó por el descanso por el temor al asma, y don Fernando entró á su casa con el sigilo con que lo hacía todas las noches; sigilo que el viejo hipócrita hacía pasar por delicada atención á su familia.

Aquella velada estaba siendo para Isolina una recapitulación de todos los extraños acontecimientos de aquella noche, que entre